

# P E N S A R D E U N M O D O N U E V O

No me siento bien subida en esta mesa hablándole a 800 mujeres que se definen a sí mismas como feministas y que en esta mañana sólo escuchan. Es cierto que tengo cosas que decir y muchos deseos de dialogarlas y compartirlas, pero quisiera hacerlo más cercanamente, más cara a cara que lo que esta mesa permite. No me siento ni pretendo ser lo que en el mundo de la política tradicional se llama una "líder", no creo en los líderes ni tampoco en las lideresas, porque eso implica inmutabilidad y ella siempre tiene pies de barro. Creo tan sólo en aquellos momentos y actos de rebeldía de mujeres que con hechos transgresores -ni eternos ni siempre constantes- logran ponerle palabras a lo que siento y aún no puedo verbalizar, posibilitando con ello las mediaciones que mi yo necesita para relacionarse con este mundo que me es ancho y ajeno. Reconozco que hay mujeres que, al menos para mí, juegan este papel más frecuente y cercanamente. No creo en las que se plantean puertos de llegada sino en las que hacen del viaje su tarea. No creo en el género sino en la singularidad sexuada que desarrolla su imaginación a

contramano. No creo en las respuestas sino en los trozos que nos interrogan. No creo en la realidad patriarcal, busco las metáforas que construyeron esa opresora mascarada. Y, todo eso en lo que no creo y todo eso en lo que creo, lo aprendí a creer y a descreer en el mismo proceso de aprender a mirarlo todo desde y con mi cuerpo de mujer.

Tal vez por eso hace 17 años, a 4000 metros de altura, en mi natal La Paz, Bolivia, luego de varios años de trabajar con mujeres y después de terminar de leer un libro llamado *Escupamos sobre Hegel* (por lo demás hoy guardado en el archivo muerto del feminismo) asilada en un sótano de la embajada de México -país donde vivo hasta hoy- sentí y tuve la certeza de que yo era feminista.

Eran las épocas de las dictaduras, los momentos de salvar el pellejo. Pero también los momentos en que los mitos de la izquierda mostraban sus fallas por todas partes. Tal vez por eso, me adherí a Carla Lonzi para

---

(\*) Ponencia presentada al VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, Chile 96.

Ximena Bedregal (\*)



escupir sobre ese señor. Tal vez en ese momento comprendí -aunque mi cuerpo ya lo intuía- que lo que fallaba en las utopías de mejores vidas, no eran las buenas intenciones o las mejores ideas, de las que estaba llena la izquierda de donde yo provenía, sino algo más profundo, algo que estaba relacionado con mi ser mujer o sea con mi no ser humana en esta cultura. Le puse palabras a ese difuso y doloroso sentir y se transformó en lo más tangible y ratificable que me ha pasado nunca.

Empecé a aprender que vivir en este cuerpo, digo VIVIR, o sea intentar estar en el mundo en femenino, significaba, por un lado, interrogar nuestras experiencias entre nosotras: vivir los grupos de intercambio, autoconciencia e interrelación entre mujeres; significaba, también, como lo dijieran a principios de los 80 las hermanas italianas, desplazar el acento de nuestros deseos que pulsaban por vivir en el mundo al modo y con la seguridad de un gran señor, lo que llamaron "la voluntad de vencer porque ésta, cuando no se deja intimidar se convierte inevitablemente en aspiración viril"; y, finalmente todo esto implicaba aprender a navegar contra toda la realidad, romper sus límites y reinventarla. Por eso me leí y nos leímos muchas en las consignas de "lo personal es político", "las niñas buenas se van al cielo y las malas a todas partes", "somos malas y podemos ser peores".

Con ello en nuestra todavía pequeña maleta nos largamos a tratar de realizarlo en el mundo. Para ello hicimos muchas clases de proyectos. Instalamos centros de atención a mujeres víctimas de violencia, donde, para mí, lo más importante no era el número de mujeres atendidas sino el hecho de estar sacando a la violencia de su carácter aparentemente natural. Impulsamos la organización de mujeres en muchos espacios donde lo más importante, nuevamente, no

era cuántas organizaciones se desarrollaban sino el hecho de experimentar una cooperación entre mujeres inventando otras formas de hacer política, aquella donde cabe el cuerpo, sus ritmos y sus tiempos, aquella donde la individuo o el individuo se ponga y se sienta entero, aquella donde el fin no justifica los medios. Empezamos a estudiar el lenguaje, la historia, los mitos y las religiones, a hablar de la sexualidad, la maternidad, el trabajo; es decir, fuimos abriendo caminos para que -desde lo subjetivo y per-



sonal- se nombre y denuncie el orden de las cosas, se saquen a la luz aspectos del mundo simbólico que preceden y ordenan esta realidad. El poder no se medía con la vara de la cultura vigente ya que hasta la misma vara se buscaba reinventar.

No quiero decir con esto que nuestra experiencia hubiese sido una panacea de virtudes. Estaba llena de conflictos, de preguntas, de dudas, pero al menos queríamos que esos conflictos sean el modo de interrogarnos sobre lo que es hacer mundo desde

nosotras mujeres y esto a partir de interrogarnos también lo que es y significa ser mujer. Queríamos que nuestra política fuera la práctica de recuperación del cuerpo, los cuerpos. Para nosotras mujeres el cuerpo nuestro y con éste un otro cuerpo social. Iniciamos así el camino de pensar lo no pensado, de romper los límites de la realidad.

Al aprender en este proceso que el asunto no estriba en sabernos y tener conciencia de que somos víctimas del sistema, sino en saber que esto no es natural sino que es producto de una macrocultura que nos forma dándonos determinados sentidos de ser, aprendí también que el feminismo era un cuerpo crítico que, aunque con necesidades de mayor elaboración y en muchos aspectos hasta relativamente incipiente, dejaba claro, por lo menos, que la política de las mujeres es aquella que en cada acto puede apelar a otro sentido de la realidad, a otro estado de cosas, a otro esquema de mundo en su totalidad, que la política feminista apela a otros valores vinculados a otro orden simbólico. Es decir, que la política de las mujeres es cada acto que permite "traer el mundo al mundo", como dijieran las filósofas feministas de Diotima.

Este es el feminismo a través del cual busco mirar el mundo, a mí misma y a mi vida y a través del cual he tratado de aportar hacia una colectividad conciente. Sin embargo, desde hace unos años vengo

sintiendo y corroborando la existencia y fortalecimiento de un modelo de feminismo, que pareciera dominante, que es cada vez más ajeno y alejado de lo que para mí es su sentido original, sus pistas y ejercicios de transformación profunda de las lógicas y metáforas del des-orden patriarcal.

Un enorme síndrome de moderación política atraviesa a nuestro movimiento. Partes importantes del movimiento feminista buscan hoy una suerte de legitimidad. Una aspiración a la respetabilidad dentro del



orden establecido define los modos y contenidos del trabajo feminista. Parece que se han olvidado las pistas que el feminismo nos ha dado para entender las causas y devenires de la mayor crisis que el modelo macrocultural patriarcal haya instalado nunca y se corre detrás de él para salvarlo. Frecuentemente me parece que para esa corriente salvar al mundo es sinónimo de salvar al sistema.

Se tiende hoy a creer que los logros obtenidos, sus éxitos -es decir nuestros aprendizajes y su consecuente influencia en el medio- están ya en tiempos de cosecha. El que más mujeres participen en los espacios laborales y públicos, el que algunos varones y algunas



estruc-

turas no puedan ya negar -por lo menos en el discurso- la validez de la lucha de las mujeres, ha hecho que algunos aspectos parciales de nuestra mirada resulten hasta útiles a sus estrategias de poder y, por lo tanto, que dejen de ser polémicas. Esto parece gustarle a algunas mujeres, llegando incluso a plantearlo como un objetivo que se muestra en búsqueda de demandas "respetables" que deben ser planteadas en lenguajes suaves y aprehensibles por el poder. Nuestra lucha que buscaba cambiar el mundo debe ahora mostrarse aceptable y legítima dentro del orden establecido.

Esta preocupación, como bien lo dice

la dominicana Denise Paiewonsky, "no es sólo el acto reflejo de la mente subversiva, a la que la respetabilidad social le resulta a priori sospechosa (y que conste que ésta me sigue pareciendo una actitud correcta por desfasada y superada que parezca en estos tiempos). No se trata de un recelo simplista sobre la legitimidad, sino de cuestionamientos políticos difíciles sobre las decisiones políticas que llevaron a buscarla, lo que ha costado obtenerla y lo que cuesta ahora mantenerla".

Otro factor que me parece insoslayable y que tiene relación con lo anterior, es la burocratización e institucionalización del movimiento feminista. En muchos países ya no existe un movimiento social, lo que existe es un conjunto de ONG's de mujeres. Quiero decir que el que las mujeres tengan instituciones, como una más de sus formas de experimentación organizativa y como un recurso para construir su residencia en la tierra, no es malo. Yo misma trabajo en una oenegé. Pero el quehacer y los objetivos institucionales no pueden confundirse con el devenir y el desarrollo del conjunto de nuestro movimiento político porque ambas tienen lógicas, tiempos, ritmos y dinámicas diferentes y porque sus objetivos e intereses de vivencia y sobrevivencia, mediatos e inmediatos no coinciden ni tienen por qué hacerlo. Son dos planos que se pueden apoyar pero que son intrínsecamente diferentes.

La confusión del movimiento feminista con el conjunto de instituciones laborales de mujeres (aunque tengan un enfoque radicalmente feminista) está haciendo no solamente que los intereses políticos del movimiento se subsuman en los intereses de las instituciones y en los laborales y profesionales de sus integrantes, sino que además la dirección del movimiento ha pasado a centralizarse en aquellas instituciones que la Cooperación para el Desarrollo define como más "eficientes" y merecedoras de sus apoyos económicos y que por lo tanto cuentan con más recursos para hacer ofertas de "servicios, actividades, relaciones y espacios

de protagonismo". Elecciones que no tienen nada que ver con los objetivos de transformación e incidencia política de un movimiento intrínsecamente radical y cuestionador, sino con los intereses de eficacia, de temas, productividad y diálogo con el poder que buscan las agencias de financiamiento.

De igual manera, las mujeres que se levantan para representar al feminismo en su conjunto, no son aquellas que ayudan a vivir a las mujeres mayores procesos de mediaciones, como decía al principio, ni siquiera aquellas que pudieran elegirse más colectivamente, sino quienes pasan a dirigir y coordinar estas poderosas instituciones y por tanto

a hacerse más visibles. Instituciones y mujeres a las que muchas veces a



desgano y sin posibilidades de analizar sus prácticas, contenidos y temáticas- se ven obligadas a adherirse las feministas "sueltas" o las instituciones pequeñas y menos favorecidas, para poder tener acceso a todos aquellos recursos materiales, teóricos e informativos que éstas poseen.

Insistir en la validez de cuestionarse lo que es ser mujer, lo que pudiera ser vivir en femenino, en profundizar lo personal como político, en partir de sí mismas, del yo, en buscar cómo integrar lo íntimo, lo privado y lo público en cada una y en el conjunto, relacionar estas vivencias y reflexiones a la totalidad de la macrocultura donde existimos en un esfuerzo por imaginar bases para otra cultura tendenciosamente diferente, parece



que es algo que pasó de moda en el movimiento feminista. Todo esto se va cambiando por la nueva necesidad de construir un buen rostro que le guste al sistema para negociar, para hacer *lobby*.

La gravedad de estos procesos no está solamente en lo que toca a la cuestión política y objetivable, que de alguna manera podemos resarcir aunque sea desde la minoría. Más grave aún me parecen sus consecuentes procesos de parcialización del conocimiento, hechos para posibilitar una eficacia en el diálogo con el sistema dentro de sus lógicas y que tienen que ver con la forma de concebir y relacionarnos con el mundo y con nosotras mismas como seres humanos.

Conocer lo que significa vivir en este mundo en un cuerpo de mujer se está desarrollando a través de miradas parciales y altamente especializadas sin el menor cuestionamiento del papel de la especialización para la cultura patriarcal.

De un lado, se estudia a la mujer y sus procesos reproductivos; de otro a la mujer y su psicología, del siguiente a su morbilidad, más allá a su maternidad, su salud o su relación con no se qué instancia o aspecto, y así nos vamos descuartizando como componentes de una computadora sin devolvernos jamás la posibilidad de integrar nuestra mirada sobre nosotras y el mundo, porque, además, este conocimiento se ha vuelto propiedad intelectual de superespecialistas en estas áreas de la mujer que siguen reproduciendo las ciencias sociales más denigrantes: las ciencias del sujeto-objeto. Sólo que ahora con un nuevo objeto: las mujeres, sus experiencias y sus grupos (en 1995 nos llegaron 27 encuestas de académicas especialistas en mujeres que además se enojaban cuando, ya cansadas de regalarles horas y horas, nos negábamos a contestar o



lo hacíamos con ironía, ¡¡¡qué poco serias!!!, nos decían, ¡¡¡qué poco espíritu de colaboración!!!). ¿Qué entenderán estas mujeres sobre la seriedad feminista, se lo habrán preguntado alguna vez? ¿Será serio plantear -como lo han hecho- que "ellas deben hacer las investigaciones porque los grupos no tienen la capacidad", o porque "no hay el tiempo suficiente para hacer procesos de capacitación"? ¿De cuál tiempo hablarán, del tiempo que ponen las instancias gubernamentales nacionales e internacionales para presentar los documentos a sus eventos?, porque no parece que hablaran del tiempo de las mujeres.

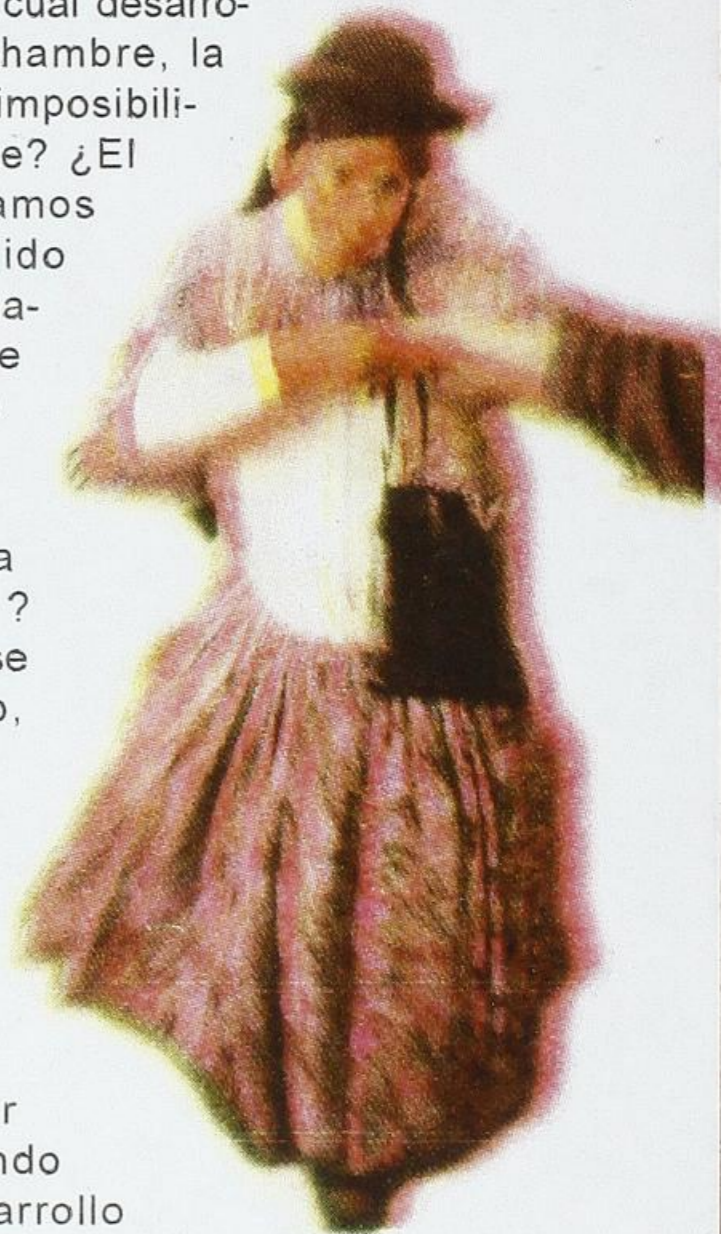
No quiero decir con esto que no tengamos necesidad de mayores y más profundos y amplios conocimientos. Pero cuestionar la forma de acceder al conocimiento entiendo que debe ser un solo proceso con la creación de nuevos conocimientos. Lejos de retomar nuestros descubrimientos del papel vertebral que para la instalación del patriarcado han jugado la dicotomización, la división y la parcialización de la lectura de la realidad y de nuestros cuerpos y nuestras almas, parece que un cierto feminismo de ahora lo profundiza. Y digo un cierto feminismo porque quiero dejar claro que también hay estudiosas que con otra perspectiva, hacen aportes sustanciales a otras formas del conocimiento y de nosotras mismas. Casualmente no son las mujeres que llegaron al feminismo por la vía de especializarse en estudiar a las mujeres, sino llegaron a estudiar la vida de las mujeres en su proceso de hacerse feministas.

Nunca el mundo había vivido una crisis tan profunda en su mal llamado proceso de desarrollo. Junto a un pequeño mundo feliz de la opulencia deambulan 800 millones de hambrientos, mientras los señores del poder, en millonarias cumbres (ahora con algunas señoras en su mesa), declaran que harán esfuerzos -sin compromisos concretos- para bajar esa cifra a la mitad cuando saben que esa cifra se duplicará en un par de décadas. Esta crisis

incluye el mayor nivel de cesantía de la historia y la más grave destrucción del medio ambiente que nos sustenta; la mayor parte de la juventud ve clausurado su horizonte de futuro. Hay una profundización de la cultura de la muerte y el dominio; se sigue haciendo de las mujeres el más redituable botín de los señores de la guerra que, en atávica seducción por la muerte, arrastran a pueblos enteros en luchas de etnias, lenguas y territorios, honras, odios, memorias de ultraje, religiones y delirios ante la mirada impávida y pasiva del llamado moderno orden internacional. Con gobiernos, instituciones y hasta movimientos sociales deshaciéndose en la corrupción y en la colusión con el submundo de la droga, nos venden como máxima expresión de su modelo de democracia, la posibilidad de elegir, pero elegir siempre entre el menor de estos males peores.

En este marco terrible y desesperanzador, cuando el mal llamado desarrollo muestra claramente su imposibilidad, cuando no es más que el fin de una más de las ilusiones patriarcales, mayoritarios sectores del feminismo nos llaman y mueven para "incorporar a la mujer al desarrollo". Primero: ¿al desarrollo?, ¿cual desarrollo?, ¿al del hambre, la muerte y la imposibilidad creciente? ¿El que no hayamos todavía podido tener una imagen propia de mundo hace que no quede más que asumir lo ya hecho? ¿Construir ese otro mundo, reconociéndonos en un sí mismas válidas, no es el mejor aporte a reconcebir desde el fondo un otro desarrollo más inteligente y más humano? .

Segundo: ¿incorporar? Con este lla-





mado tal parece que una importante parte del feminismo empieza a creer que la subordinación de la mujer es una distorsión del sistema y no la base de sustentación de toda esta podredumbre que llena los ojos y corazones de todas y todos. Que la desvirilización de la vida se construye por incorporación y no por resimbolización total de la realidad. Que el objetivo feminista es completar las carencias del orden simbólico y material patriarcal y no un cambio radical en la naturaleza de la relación entre los sexos.

Esta estrategia parece plantearnos que es inevitable (inevitable, ¡¡¡cómo se escucha esa palabra ultimamente!!!) y hasta deseable que las mujeres aprendamos a construir mundo público dentro de las estructuras y lógicas del mismo sistema y parece que sólo valida nuestros logros, nuestra propia experiencia sexuada de vida y de ejercicio político hecha inicio de conciencia y realidad nueva, en tanto su capacidad de juego al interior de los pactos sociales varoniles. De ahí que ahora todos los fuegos se enfoquen hacia el Estado y sus instituciones como espacios que resultarían privilegiados para la construcción de la identidad y la unidad de género.

Me parece que una política para las mujeres, fijada en lo público, con un sentido de eficacia política para ese mundo, no sólo tiene poco que ver con nuestra historia y corporalidad puesto que lleva fácilmente a desvincular cada vez más a la política de la experiencia vital, personal y sexuada, sino que además reinstala para las mujeres proyecciones que hablan desde la víctima que quiere que el orden que la atropelló, ese orden le haga justicia, además de un sentido del poder medido en el del varón, a través de sus instituciones, sus espacios, sus palabras y sus normas.

Al medir nuestros logros en el orden vigente, no nos queda más que identificar a la política -esa que habíamos empezado a reinventar desde nuestros cuerpos de mujer- como los pasos a dar para la consecución de lo posible, y a la realidad -esa que habíamos

descubierto que no era tan real, esa que queríamos romper, rehacer, desde las bases invisibles y profundas que la constituyen y posibilitan- como la única medida de lo correcto, a eso se le llama hoy la real/correk politik. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro deseo de traer el mundo al mundo?

Las mujeres representamos la posibilidad de un otro orden, pero no porque tengamos vagina, ovarios y clítoris, no por esencia, sino por nuestra posición social de otredad, por la posibilidad de alter-ar, alter, hacer salir a un otro, otro modo de pensar y pensarse, otro modo de hacer y hacerse, otra civilización, una otra macrocultura. Por eso el feminismo que yo aprendí, el que me da sentido, en el que me leo más entera, no es el que busca espacios dentro de los mismos significantes y de los mismos significados, sino el que busca resignificar todo y resignificarnos en todo lo que toquemos; no es el de las reivindicaciones de derechos y espacios en este sistema sino, como dice Lia Cigarini, el que se pone por encima de la ley, en el vacío de la norma, el que me lleva a no cancelar mi cuerpo. Sin duda esto no es fácil ni tiene respuestas hechas, es sólo una invitación al viaje de la imaginación a contramano. ¡Vaya a saber como nos puede salir!, pero, al menos, es el que nos interroga de fondo y nos obliga a una nueva imaginación de vida. Por eso creo que la política feminista es pensar un no pensado, decir un no dicho, mirar el mundo entero y redecirlo con palabras nacidas de un hacer que no cancele el cuerpo.

Lo que está en crisis no son las buenas intenciones de las que está empedrado el camino al infierno; el sistema patriarcal ha inventado muy buenas ideas y deseos de justicia: todas han fracasado porque lo que está en crisis son sus mismos paradigmas, su lógica básica y fundamental. La tarea, el aporte que el feminismo puede dar al mundo no es pensar más y más cosas, sino pensar de un modo nuevo.